

RAZÓN POÉTICA, RAZÓN RETÓRICA (LOS FILÓSOFOS CONTRA LOS SOFISTAS: UN LUGAR PARA MARÍA ZAMBRANO EN ESTA POLÉMICA TRADICIONAL)

David Pujante

(2004) “Razón poética, razón retórica (Los filósofos contra los sofistas: Un lugar para María Zambrano en esta polémica tradicional)”, *Postdata. Revista de Artes, Letras y Pensamiento*, Murcia, 26: 191-199.

1. CONTEMPORANEIDAD EN LA VIEJA POLÉMICA DE LOS FILÓSOFOS CONTRA LOS SOFISTAS

La historia del pensamiento occidental cuenta con un importante episodio que ha contribuido a definir, si no para siempre al menos para bastantes siglos, la manera de ser de los hijos de esta cultura nuestra. Me refiero a la vieja polémica entre filósofos y sofistas, que se zanjó, ya en plena época clásica, con el triunfo de los primeros sobre los segundos.¹ La seriedad del pensamiento filosófico (es decir, el de los discursos de la *verdad*, contruidos sobre la *razón* y capaces de *convencer*) se opuso y venció al pensamiento retórico de los sofistas (es decir, el de los discursos del *relativismo*, de las verdades propias de un tiempo y un espacio determinados², contruidos con los estados de opinión, y capaces de *persuadir*³ por medio del sentido común y de la emotividad).

¹ Cf. el prólogo de José Solana Dueso en: VV. AA. (1996), *Los sofistas. Testimonios y fragmentos*, Barcelona, Círculo de Lectores.

² “[...] si la verdad más elevada para un hombre cualquiera es lo que él cree que es esa verdad (Teeteto, 152a), la habilidad que produce la creencia y, por consiguiente, establece qué es verdadero en un tiempo y un lugar determinados, es la habilidad esencial para la construcción y mantenimiento de una sociedad civilizada” (S. Fish, *Práctica sin teoría: retórica y cambio en la vida institucional*, Barcelona, Destino, 1992, pág. 270).

³ No es conveniente aceptar la distinción entre *persuadir* y *convencer* considerando simplemente el *persuadir* como conducente a la actuación irreflexiva de un miembro o de un grupo de miembros de la sociedad, frente al acto de *convencer* entendido como un hacer cambiar de opinión, por un proceso de razonamiento serio y profundo, sin la necesidad del inmediato, subsiguiente proceso actuativo Cf. Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la argumentación: la nueva retórica*, Madrid, Gredos, 1989; T. Albaladejo, “Sobre la posición comunicativa del receptor del discurso retórico”, *Castilla. Estudios de Literatura*, 19 (1994), págs. 7-16.

El triunfo del racionalismo socrático⁴ propició la consolidación de un pensamiento fuerte,⁵ monolítico, y creó en Occidente un tipo cultural de hombre dogmático, fanático, defensor de grandes verdades, dispuesto a la lucha contra todos los que no las compartían con él. De ahí en gran medida la Europa inquisitorial, guerrera, nacionalista, que tanto asombraba al mensajero del Olimpo, el Mercurio de Alfonso de Valdés, cuando planeaba sobre la cristiana Europa y lo que veía desde el cielo no le cuadraba con lo que le habían contado que debía ser y no era la cristiandad: paz y amor entre los hombres. En este mundo prenietscheano, de verdades absolutas incontrastables, la retórica fue durante siglos simplemente un arte de escribir bien y de leer bien (interpretación de textos).⁶

El endiosamiento de la razón, cuando se construyó la Europa moderna, acabó de dar la puntilla a la retórica. Entonces más que nunca la retórica acabó siendo un simple apoyo para la literatura: un conjunto de tropos y figuras retóricas a estudiar, para luego reconocerlos en los distintos textos de los más importantes autores. Sinécdoques, metonimias, figuras de dicción y figuras de pensamiento; pero sobre todo, las metáforas. La distancia entre discurso literario y discurso científico había quedado tan clara que nadie ponía en duda una verdad tan incontrovertible, tan indudable, tan evidente. La literatura era la ficción; la creación que servía, en el mejor de los casos, para enseñar deleitando, pero que de ningún modo podía osar alzarse a la seriedad del lenguaje de la ciencia o de la filosofía. Así se abrió un abismo entre el lenguaje de los conceptos y el lenguaje de las metáforas. Dos maneras de afrontar el conocimiento del mundo y del hombre: Un anhelo de verdades absolutas y permanecidas (los discursos del concepto) enfrentado a una aceptación de eterno cambio, de fugacidad fatal (los discursos de la metáfora). Porque la sabiduría de aceptar la vida como esencial lucha entre el ser y el parecer, asumiendo la multiplicidad aparental en constante eclosión, como si de un calidoscopio se tratara, siempre tuvo su correlato en el arte verbal, en el que de unas

⁴ El recién nacido demon al que se refiere Nietzsche “[...] ein ganz neugeborner Dämon, genannt Socrates” (F. Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie*, en *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Einzelbänden*, vol. I, Berlín-New York, Walter de Gruyter, 1988, pág. 83.

⁵ Cf. G. Vattimo y P. A. Rovatti, *El pensamiento débil*, Madrid: Cátedra, 1988.

⁶ Cf. Cf. Á. Kibédi Varga, “Universalité et limites de la rhétorique”, *Rhetorica*, 18, 1, invierno (2000), págs.1-28.

formas surgen las otras por el poder de la metáfora mientras la mano del tiempo hace girar la caña del calidoscopio.

¿Cuándo se puso en entredicho por primera vez, en nuestro mundo contemporáneo, la hegemonía racionalista del discurso: filosófico y también científico? ¿En realidad nunca dejó de haber, dentro del pensamiento filosófico, una línea heterodoxa, dispuesta a magnificar el discurso de la metáfora, a parangonarlo con el de los conceptos? No sería difícil, de la mano de Grassi o de algún otro estudioso del tema,⁷ señalar nombres como el mismísimo Dante, o el español universal Luis Vives. Pero si hemos de movernos más hacia nuestro presente, sin duda hemos de nombrar a Friedrich Nietzsche.⁸ A él le debemos, en los umbrales del pensamiento contemporáneo, el primer desconstruccionismo discursivo. Nadie como Nietzsche para hacernos caer en la cuenta de que todo es discurso,⁹ de que la realidad inasequible e inasible nos coloca ante la necesidad de construir discursos interpretativos, que nunca traspasan con suficiente éxito la época en la que se formulan; y, sobre todo, nadie como él para aperecernos de que las leyes, las morales, las creencias se construyen de igual manera, discursivamente, y que son utilizadas, una vez hechas palabra, por distintos grupos de poder, para imponerse sobre mayorías sometidas. Después de este deslumbramiento —las revelaciones de Sils Maria—, pudieron venir Foucault y Derrida y todo el pensamiento relativista posmoderno.

El nuevo pensamiento relativista, afianzado durante la segunda mitad del siglo XX, condujo al renacimiento de la retórica, y permitió dinamitar el logocentrismo de los

⁷ Cf. E. Grassi, “¿Preeminencia del lenguaje racional o del lenguaje metafórico? La tradición humanista”, en: J. M. Sevilla y M. Barrios Casares (ed.), *Metáfora y discurso filosófico*, Madrid, Tecnos, 2000, pág. 16; J. M. Sevilla Fernández, “El filósofo es un decidor. En torno al decir metafórico y el pensar etimológico de Ortega y Gasset (y su genealogía viqueana)”, en: J. M. Sevilla Fernández y M. Barrios Casares (eds.), *Metáfora y discurso filosófico*, cit., pág. 154.

⁸ Cf. F. Nietzsche, *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Einzelbänden*, Berlín-New York, Walter de Gruyter, 1988; F. Nietzsche, *Obras completas*, Buenos Aires, Ediciones Prestigio, 1970; F. Nietzsche, *Rhétorique et langage*, en *Poétique*, II (5), traducción y edición de Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, 1971; F. Nietzsche, *Friedrich Nietzsche on Rhetoric and Language*, Nueva York, Ithaca, Oxford University Press, edición y traducción de S. L. Gilman, C. Blair y D. J. Parent, 1989; F. Nietzsche, *Escritos sobre retórica*, Madrid: Trotta, 2000.

⁹ Gracias a él hoy puede decir George Steiner que la esperanza es gramática, que el misterio de la expresión del futuro o de la libertad es sintáctico, y los que lo leemos podemos calibrar el alcance de estas palabras. (G. Steiner, *Errata. El examen de una vida*, Madrid, Siruela, 1998, pág. 113)

grandes discursos del poder cultural. El gran gesto del segundo Heidegger¹⁰ volviendo el rostro hacia los discursos poéticos (Trakl, Hölderlin)¹¹ y artísticos fue determinante del cambio. Se tendía un puente sobre el abismo de la tradición, que separaba los discursos del conocimiento de los discursos del sentimiento. Se releyó a los presocráticos, y se pudo revalorar a un Empédocles o a un Parménides, que expresaron sus cosmovisiones en poesía. Sin duda el sentimiento como camino de conocimiento ya lo había abierto para la contemporaneidad el romanticismo, y a la cabeza Hume. Pero costaba mucho quitarse la empolvada peluca de Descartes.

Todo discurso —según había enseñado la retórica desde sus inicios— es creación: creación de un pensamiento, creación de una interpretación del mundo, creación de una creencia, creación de una ley. Todo lo que decimos sobre el mundo y sobre nosotros mismos lo construimos para sosegar nuestra absoluta ignorancia, nuestra incertidumbre y la única certeza: lo lejos que estamos de toda cosa concreta, tangible y asible sólo por el lenguaje. Hacer discursos, hablar y escribir, es no sólo defender nuestra soledad¹², es defendernos en nuestra soledad. La raíz de todo discurso es pues su carácter creativo, sea éste un discurso filosófico o científico, literario, poético, mitológico. Esta creatividad, insistamos, es la que nos une a las cosas. El discurso tradicional filosófico, por el contrario, escinde, quiebra “la ingente realidad unitaria.”¹³ El discurso creativo es, sin embargo, la única mano con que contamos para tocar la realidad.

¹⁰ C. F. Weizsäcker afirma que la idea de Heidegger sobre una *ciencia de la aceptación*, así como su crítica del ideal cartesiano de la aprobación abstracta, tienen conexión con los hallazgos más recientes, *subjetivos*, de la física de las partículas (Cf. G. Steiner, *Heidegger*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pág. 198)

¹¹ El siglo XX, a través de filósofos como Heidegger, ha puesto en tela de juicio el saber filosófico a través del cuestionamiento de la expresión filosófica. Estos filósofos, que centraron el problema en la expresión, optaron por la más alta de ellas: la expresión poética. Cf. M. Heidegger, *Arte y Poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958; M. Heidegger, “...*En poema habita el hombre...*” (trad. de Rafael Gutiérrez Girardot), *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), 110 (mayo-junio 1955) págs. 145-157; M. Heidegger, *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin* (trad. de José María Valverde), Barcelona, Ariel, 1983. Cf. la página de internet: http://personales.ciudad.com.ar/M_Heidegger/gesamtausgabe_1.htm

¹² “Escribir es defender la soledad en que se está”, dice María Zambrano en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Tres, 1987, p. 31.

¹³ Dice más por extenso en texto al que me refiero: “El problema que entraña el conocimiento filosófico es, a mi entender, éste: el que el conocimiento filosófico que brotó del puro asombro ante todo, ante todas las cosas, vaya a parar en verterse sobre algo separado, en algo que se escinde de lo demás; vaya a parar en quebrar la ingente realidad unitaria.” (M. Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Endymion, 1987, pág. 33)

Si en principio todo discurso es discurso del asombro, de la intuición; los discursos, después, quieren a veces perder, por razones espurias y las más sofisticadas de todas (he aquí una paradoja), su carácter creativo, y aparentar ser discursos originarios, matriciales, que abrevan directamente en las verdades inalienables, hilos directos con el empíreo platónico. Esos discursos que se quieren imponer con sus pergeñadas verdades absolutas, que trascienden tiempos y lugares, se configuran a través de los conceptos, esos solidificados materiales impermeables, con voluntad de eternidad, hijos sin embargo de sus renunciados padres las metáforas, el tropo por excelencia, la manifestación suprema de la creatividad interpretativa, de la asombrada, emotiva, personal relación que establecemos entre las cosas del mundo y nosotros mismos, o a través de nosotros mismos. El siglo XX supo ver la fuerza creativa y la capacidad de decir por la poesía y por el arte lo no decible por otros modos. Y el Heidegger decepcionado de su decir filosófico supo mirar hacia Hölderlin, y con él otros pocos. Recordemos las palabras de Jaspers en *Über das Tragische*, la poesía es “la comunicación de más vasto alcance de lo que ha sido revelado”. Pero efectivamente fueron unos pocos; que los más, seguían apegados al escolasticismo que aún nos chorrea.

2. EL LUGAR DE MARÍA ZAMBRANO EN LA POLÉMICA: LA SÍNTESIS NO VIOLENTA ENTRE FILOSOFÍA Y POESÍA

¿Cómo no asombrarnos de la avanzada posición histórica de María Zambrano —quiero decir en la historia del pensamiento español contemporáneo— con respecto a la relación entre filosofía y poesía o, dicho de otro modo, entre los discursos del concepto y los discursos de la metáfora? Para ella está muy claro el abismo abierto entre lenguajes en la historia de Occidente.¹⁴ Y sin duda ella misma tiene un lugar destacado en la lista de los filósofos modernos que no han desdeñado el decir creativo, sino que más bien

¹⁴ “[...] la verdad es que pensamiento y poesía [entendiendo lenguaje metafórico] se enfrentan con toda gravedad a lo largo de nuestra cultura.” (M. Zambrano, *Filosofía y poesía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1987, pág. 13)

comprendieron que la *razón poética*¹⁵ dice el conocimiento que le está velado a la simple expresión racional.

También para Zambrano, como para Heidegger y como para bien conocidas voces de la Escuela de Frankfurt, los lenguajes activos del conocimiento, en el mundo científico y predominantemente técnico¹⁶ que nos ha tocado vivir, no sirven para matriciar las ideas que habrían de ser motivos de conducta al hombre de la calle¹⁷. Así que la reflexión de Zambrano sobre el lenguaje filosófico vigente pasa por hacer una crítica a su racionalismo totalizador y reductivo, que no vale para expresar la complejidad de lo real, y la conduce a recuperar para la filosofía el lenguaje poético.

Zambrano reflexiona sobre la posibilidad de hallar una síntesis, que no violenta a la vida, entre filosofía y poesía; lo que resume en la expresión *razón poética*,¹⁸ y que, según la línea desarrollada en el apartado anterior de este artículo, entraría a su vez en un apartado más amplio denominable *razón retórica*. Hablamos de un principio rector para un discurso que no se ahogue en la racionalidad estrecha; un principio rector “que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética... es lo que vengo buscando.”¹⁹ No extraña que esta propuesta y su desarrollo ulterior hayan interesado a tantos poetas y pensadores de la poesía.²⁰

¹⁵ Nos dice Juana Sánchez-Gey Venegas, en su prólogo al reciente libro conjunto *María Zambrano. Raíces de la cultura española*: “La razón poética, razón creadora, recorre los grandes temas que le preocupan desde sus primeros escritos: lo sagrado, el problema de España y la reforma del pensar.” (VV.AA., *María Zambrano. Raíces de la cultura española*, Madrid, Fundación Fernando Rielo, 2004, pág. 5).

¹⁶ Cf. M. Heidegger, *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994; M. Heidegger, *Filosofía, ciencia y técnica*, Editorial Universitaria, 2003.

¹⁷ “No sólo de pan vive el hombre, es decir, no sólo de Ciencia y Técnica” (M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Tres, 1987, pág. 49).

¹⁸ Dice Lourdes Rensoli Laliga, en *Por María Zambrano*: “En nuestro siglo de posmodernidad y deconstrucciones se ha convertido en urgencia la redefinición de la racionalidad humana.” (<http://usuarios.iponet.es/ddt/zambrano.htm>)

¹⁹ M. Zambrano, *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*, Madrid, Siruela, 1993, pág. 615.

²⁰ Cf. A. Colinas, “Símbolos de María Zambrano”, en: VV.AA., *María Zambrano. Premio “Miguel de Cervantes” 1988*, Barcelona, Anthropos-Ministerio de Cultura, 1989; A. Colinas, “La palabra esencial de María Zambrano”, en: M. Gómez Blesa y M. F. Santiago Bolaños (ed.), *María Zambrano: el canto del laberinto, Segovia*, Gráficas Ceyde, 1992, págs. 19-34; A. Lucas, “Entre filosofía y poesía: la razón poética de María Zambrano”, en: M. Gómez Blesa y M. F. Santiago Bolaños (ed.), *María*

La primera propuesta explícita de una *razón poética*, nos dice Jesús Moreno Sanz —que es el editor de la amplia antología de escritos de Zambrano titulada *La razón en la sombra*—, “la realizó [María Zambrano] a propósito del libro *La guerra de Machado*, en 1937 (*Hora de España*, XII, diciembre) [...] años después Adorno propondrá exactamente la misma «síntesis sin violencia».”²¹ Para ella el ejemplo de Heidegger es importante, y al leerla nos resulta evidente que es así; pero no aparece como referente exclusivo, pues María Zambrano se empeña en rastrear cuáles son los precursores que, de la postura heideggeriana, hay en nuestra propia cultura; aquellos que, en el ámbito español —que es el suyo propio, de donde ella surge, en el que parece necesitarse enraizada—, son los pensadores que están en la línea del requerimiento mutuo de razón y poesía; y los nombres resultan ser Unamuno y Machado.²²

En 1938 dicta un curso en la Universidad de Barcelona en el que “tiene un lugar preeminente la adaptación estoica del *logos spermatikos* pitagórico, la razón engendradora, mediadora ya para Zambrano entre la pura razón discursiva, el pensar poético y la vida misma.”²³

Para María Zambrano la filosofía tiene que volver a la poesía, porque “la unidad es alcanzada en el poema más inmediatamente que en el pensamiento filosófico”.²⁴ Según ella —en *Filosofía y poesía* lo expone²⁵, como escolio a un pasaje del libro VII de *La República* de Platón— ante todo, cuando vemos los hombres el mundo, nos admiramos

Zambrano: el canto del laberinto, cit., págs. 65-70; Ch. Maillard, *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*, Barcelona, Anthropos, 1992; J. L. L. Aranguren, “Filosofía y poesía”, en: VV.AA., *Papeles de Almagro. El pensamiento de María Zambrano*, Madrid, Zero Zyx, 1993; C. Revilla (ed.), *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el orden del tiempo*, Madrid, Trotta, 1998.

²¹ M. Zambrano, *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*, pág. 450, nota 32.

²² Cf. M. Zambrano, “Antonio Machado y Unamuno: precursores de Heidegger”, en: M. Zambrano, *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1986, págs. 117-119. La reflexión es del año 38.

²³ M. Zambrano, *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*, cit., págs. 612-613.

²⁴ María Zambrano, “Filosofía y poesía” en: María Zambrano, *Obras reunidas*, Madrid, Aguilar, 1971, pág. 127.

²⁵ Este texto lo publica en la Universidad de Morelia, México, en 1939.

y pasmamos por lo que vemos, y a partir de ahí tenemos (o tomamos) dos opciones. La del filósofo es la siguiente:

“su primitivo pasmo se ve prontamente anulado y en ciertos momentos renegado por esa prisa de lanzarse a otras regiones de mayor seguridad y dominio, que le hace romper el naciente éxtasis. [...] admiración, pasmo ante lo inmediato para arrancarnos violentamente de ello y lanzarnos a algo, hacia alguna cosa que hay que buscar y perseguir y que no nos regala su presencia.”²⁶

He aquí, por el contrario, el comportamiento del poeta:

“Algunos de los que sintieron su vida suspendida, su vista enredada en el agua o en la hoja, no pudieron abandonar lo que esta visión les daba y prometía para pasar a un segundo momento, ese momento en que la violencia de la mente hace cerrar los ojos buscando otra hoja y otra agua más verdaderas. No todos fueron por el camino de la verdad trabajosa, y se quedaron aferrados a la presencia inmediata, a lo que regala su presencia y dona su figura, a lo que tiembla de tan cercano; ellos no sintieron violencia alguna, o quizás no sintieron esa forma de violencia y no se lanzaron a buscar el trasunto ideal, ni se dispusieron a subir con esfuerzo el camino que lleva del simple encuentro con lo inmediato hasta aquello permanente, idéntico a sí mismo, *idea*. Fieles a las cosas, fieles a su primitiva admiración extática, no se decidieron a aceptar nada que pudiera escindirlos; no podían, porque la presencia donada se había fijado ya en ellos, estaba impresa en su interior. Lo que el filósofo perseguía había hecho su morada dentro de este a que aludimos, y que no es otro que el poeta, mas ciertamente en modo diferente.”²⁷

Este modo diferente de tener la presencia de las cosas (la violencia reflexiva del que cierra los ojos al mundo y persigue la hoja ideal, el agua ideal, es decir, el modo filosófico; frente al desasosiego aterrador del que se envuelve y se ata al mundo en un poseer que colma y no basta, es decir, el modo poético) dividió al ser humano. Y así, desde Platón (y su maestro Sócrates) “el pensamiento con su violencia ha entablado declaradamente su batalla contra la poesía.”²⁸

²⁶ María Zambrano, “Filosofía y poesía” en: María Zambrano, *Obras reunidas*, cit., pág. 119.

²⁷ *Ibidem*, págs. 119-120.

²⁸ *Ibidem*, pág. 121.

María Zambrano es de esa progenie de pensadores que comprenden, a comienzos del siglo XX (por lo que se encuentra entre los primeros, entre los pioneros), a dónde había llevado en Occidente el triunfo sin paliativos del discurso filosófico que viene de Platón y llega a Descartes y a Kant. Ese discurso solipsista, reseco, ajeno a la vida del hombre y además configurado con el conceptualismo inamovible que encadena a quien se acerca al él, es un discurso ajeno a la vida, a su movilidad e inasibilidad naturales. Ciertamente la pobreza de la filosofía triunfal, que desechó los discursos de la metáfora, los discursos retóricos en general y entre ellos el discurso poético, sólo puede comprenderse si se tiene en cuenta el parámetro *vida*: filosofía, poesía y vida. Siendo entendida la vida como la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluente, movediza, la radical heterogeneidad del ser; realidad que sólo la poesía capta. ¿En algún tiempo el *logos* de la filosofía ha amparado la endeble vida de cada hombre?, se pregunta Zambrano.²⁹ La respuesta es negativa. Por contra, “el *logos* de la poesía es de un consumo cotidiano, desciende a diario sobre la vida, tan a diario que a veces se la confunde con ella.”³⁰

El lenguaje original, que la filosofía dejó atrás cuando se desprendió de un saber anterior para encontrar la verdad por su cuenta, ha sido mantenido, alentado, perpetuado por la poesía. Y así, con la poesía, pervive aún aquel mundo perdido para el filósofo, en que todo se le daba al hombre y lugar alguno le estaba vedado. Los filósofos del siglo XX, y entre ellos María Zambrano, se dieron cuenta de que “se hace necesario rescatar³¹ lo que la filosofía dejó tras de ella [...] para que en ello [la propia filosofía] cobre una nueva vida.”³²

²⁹ Cf. *Ibíd.*, pág. 127.

³⁰ *Ibíd.*, pág. 127.

³¹ El deseo de rescate del lenguaje original se da en el caso de Heidegger cuando postula la veracidad espiritual del lenguaje; cuando, a partir de los años treinta, procura sacarnos del extravío en que hemos estado, anunciándonos el camino del *originismo*, procurando llevarnos hacia la autenticidad olvidada de las relaciones humanas, algo anterior a Sócrates, Platón y Aristóteles. Cf. G. Steiner, *Heidegger*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, págs. 195-196.

³² María Zambrano, “Filosofía y poesía” en: María Zambrano, *Obras reunidas*, cit., pág. 129.

El siglo XX, con su precursor Nietzsche y a través de filósofos como Heidegger, ha puesto en tela de juicio el saber filosófico por el cuestionamiento de la expresión filosófica. Los filósofos que centraron el problema en la expresión optaron por la más alta de ellas: la expresión poética. María Zambrano, como estamos viendo, no sólo no es ajena a esta línea de pensamiento sino que se sitúa en su centro; y lo pone en práctica con un lenguaje creativo, metafórico, para configurar y ofrecernos su singular pensamiento, uno de los más personales y originales en la España del siglo pasado.

3. LA METÁFORA, ANTONOMASIA DE LA EXPRESIÓN RETÓRICA

Parece ser un conocimiento generalizado, asumido, que “Zambrano hizo de la filosofía una metáfora.”³³ Estudia Benedetta Zavatta, en “La razón *metafórica* de María Zambrano” (uno de los más recientes y completos estudios al respecto),³⁴ los posibles orígenes del pensamiento de Zambrano en relación con la metáfora. Nos recuerda que ya su maestro Ortega y Gasset —del que está cercano nuestro contemporáneo Ricoeur, aunque en sus teorías metafóricas no mencione nunca al filósofo español—, consideraba que la metáfora tiene una función fundamental para el conocimiento y que su uso se hace ineludible cuanto más nos alejamos de los objetos cotidianos. Según este mismo estudio de Zavatta, María Zambrano aceptó la enseñanza orteguiana, la profundizó y la radicalizó.

Toda la escritura de María Zambrano tiene la vocación de nutrirse de un lenguaje primario, el propio de los tiempos anteriores al pensamiento, y que todavía pervive en el conocimiento instintivo del hombre. Precisamente el tejido de ese lenguaje primero son las metáforas. El hombre, aún hoy, toma conciencia de sí mismo y de la realidad que lo rodea de forma metafórica, y a partir de ahí siempre influye ese modo primario de conciencia en todas las reelaboraciones de sus lenguajes más sofisticados (el científico,

³³ Son palabras de Carlos Reviriego en entrevista a José Luis García Sánchez sobre su película de María Zambrano. <http://www.elcultural.es/HTML/20040624/Letras/LETRAS9832.asp>

³⁴ Cf. Benedetta Zavatta, “La razón *metafórica* de María Zambrano”, *Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos*, 6 (2003), <http://www.um.es/tonosdigital/znum6/estudios/Zavatta.htm>

el filosófico), que suelen tender a disimular esa arcilla originaria. En el lenguaje en el que se manifiesta más abiertamente ese poso originario es en el lenguaje común. De ahí el interés de Zambrano por los modos de expresión humilde, directa, como la Guía³⁵ o la Confesión.³⁶ Todos los demás lenguajes del hombre no pueden evitar la impregnación de ese metaforismo original.

Resulta muy apropiado que Zavatta haga referencia a Lakoff y Johnson, diciendo que sus resultados en retórica cognitiva sobre la metáfora, llevados acabo en los años ochenta del siglo XX, ya estaban anticipados en nuestra pensadora. Lakoff y Johnson consideran que ciertas metáforas estructuran nuestras acciones y nuestros pensamientos. Por el hecho de existir y de que las empleemos habitualmente, se crea en nuestra mente una serie de relaciones, que entrañan un modo de ver las cosas, de entender el mundo (destacando ciertas proximidades entre cosas y ocultando otras), que no existiría, que no se configuraría así de no darse tales empleos metafóricos.³⁷ ¿No es acaso ése el tejido metafórico originario al que se refiere Zambrano y que según ella influye en cada acción y conceptualización humana posteriores? Ella nos habla de “metáforas vivas y actuantes; esas que se imprimen en el ánimo de las gentes y moldean su vida.”³⁸ El lenguaje que se amasa con ellas es por el que suspira Zambrano para su uso propio, frente a los lenguajes activos del conocimiento en el mundo científico y predominantemente técnico que le ha tocado vivir, y que, como decíamos al comienzo de este apartado, no sirven para matriciar las ideas que habrían de ser motivos de conducta al hombre de la calle.

La metáfora de Zambrano poco tiene que ver con los hermosos hallazgos poéticos de la literatura entendida como producto estético, pero sin embargo está en el centro de la literatura entendida como lenguaje autorreflexivo, en el centro del discurso retórico entendido como interpretación del mundo. Cuando la literatura y la filosofía se unen en

³⁵ M. Zambrano, “La ‘Guía’, forma del pensamiento”, en: M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, cit., págs. 59-81.

³⁶ M. Zambrano, *La Confesión: Género Literario*, Madrid, Mondadori, 1988.

³⁷ Cf. G. Lakoff y M. Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1998; D. Pujante, *Manual de retórica*, Madrid, Castalia, 2003, págs. 212-214.

³⁸ M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, cit., pág. 49.

la autorreflexividad del propio texto, en el autoconocimiento y en el autocontrol del propio texto, en mitad de ese decir, Zambrano hinca su metáfora.

En el desarrollo del pensamiento de María Zambrano son de capital importancia metáforas como “la visión y la luz inteligible”³⁹, el río del tiempo, la metáfora del corazón,⁴⁰ la metáfora de la esperanza: las ruinas,⁴¹ la metáfora del claro del bosque.⁴² Toda una cosmovisión filosófico-poética. Tras la metáfora de la razón resuena la distinción de Pascal entre las verdades de la razón y las verdades del corazón. “Con esta dicotomía —nos recuerda Zavatta— entre corazón y cerebro se individualizan en el ser humano dos polos no comunicantes entre ellos, el racional y el afectivo.”⁴³ En cuanto a la elaboración del sentido desde la profundidad del ser humano, Zambrano tiene para ello la metáfora del *venir a luz*, del *ser concebido*. La metáfora del *amanecer repetido* le sirve para la historia, esperanzada y constantemente renacida, del ser humano; su metamorfosis continuada. En cuanto a la metáfora del *claro*, también quiero recurrir a unas palabras del mismo trabajo de Zavatta:

“Lo que el exiliado ofrece es su desarraigo, el vacío, la distancia que permite a la realidad emerger, aparecer, así como el corazón ofrece su cavidad, o como los claros se abren entre el denso bosque permitiendo a la luz de la luna insinuarse. Estas ‘metáforas del vacío’ comparten la indicación de un comportamiento radicalmente distinto del ‘dominador’ del pensamiento científico: la presentación de lo real emerge espontáneamente del místico olvido del pensamiento que se vacía en cada pregunta.”⁴⁴

Zambrano, respecto al lenguaje, asume el proceso nietzscheano: la crítica al lenguaje apolíneo, manifestando sus límites, y la confianza en la expresión de la experiencia

³⁹ *Ibíd.*, pág. 49.

⁴⁰ Cf. M. Zambrano, “La metáfora del corazón (Fragmento)”, en: *Hacia un saber sobre el alma*, cit., págs. 49-58.

⁴¹ Cf. M. Zambrano, “Las ruinas”, *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, págs. 246-255.

⁴² Cf. M. Zambrano, *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1986.

⁴³ Cf. Benedetta Zavatta, “La razón *metafórica* de María Zambrano”, *Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos*, 6 (2003), (<http://www.um.es/tonosdigital/znum6/estudios/Zavatta.htm>)

⁴⁴ *Ibíd.*

dionisiaca⁴⁵ en un lenguaje más hondo, que para Nietzsche lo representó entre los griegos el lenguaje de la tragedia antigua.⁴⁶ Zambrano arraiga este mismo planteamiento en su propia tradición: san Agustín, el estoicismo, Spinoza, Max Scheler; de ahí su concepción del tiempo⁴⁷ y de la historia, la *razón poética*, el *delirio*,⁴⁸ la *visión* y tantos otros modos zambranianos del decir la esperanza en el conocimiento.⁴⁹

Zambrano, en suma, pertenece al más sano, eficaz y esperanzado de los relativismos⁵⁰ del siglo XX, pues, renunciando a un lenguaje de racionalismo estrecho, de férreos conceptos y saberes absolutos, se sitúa en el lenguaje de las sugerencias (“la penumbra tocada de alegría”, “el discernido sentir”⁵¹), sin renunciar a un saber sobre el alma a través de él. Me gustaría concluir diciendo que Zambrano abre las puertas a una *moderna sofisticada intimista*: la aplicación de los principios de interés humano, relativismo y lenguaje metafórico, propios de los viejos sofistas, al subjetivismo contemporáneo.

⁴⁵ La *visión* de Zambrano: “La visión es una forma de conocimiento en que lo humano, inaccesible, se manifiesta más adecuadamente, y que más que conocimiento objetivo es expresión [...] una especie de revelación que padece al mismo tiempo que realiza.” (M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, cit., pág. 246.

⁴⁶ “La singularidad poderosa de la tragedia, paradigma de lo artístico para todos los tiempos, legítima en la obra de Nietzsche un interés por su parte, un acercamiento, que pronto trasciende lo filológico y se inserta en un problema filosófico lindero con la estética; porque la tragedia representa el único modo, no fallido, con que el hombre ha contado para expresar su más auténtico saber sobre sí mismo. Es decir, que el problema de comunicación de la experiencia más profunda del ser humano sólo ha encontrado solución en el medio artístico; es decir más, que cuando la necesidad comunicativa asienta sus tentáculos en lo originario cognoscible, levanta el vuelo hacia la solución estética. Así la tragedia se revela como un extraño punto mágico, un momento sin igual en la historia del hombre, un momento en el que el ‘conocer padeciendo’ se alía con el *logos* y se declara.” (D. Pujante, *Un vino generoso. (Sobre el nacimiento de la estética nietzscheana: 1871-1873)*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997, págs. 8-9.

⁴⁷ Como dice Lourdes Rensoli Laliga: “Enlaza la comprensión agustiniana del *fluir temporal* con la larga tradición reflexiva española en torno al tiempo.” (<http://usuarios.iponet.es/ddt/zambrano.htm>)

⁴⁸ Cf. M. Zambrano, *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989.

⁴⁹ Cf. Ch. Maillard, *La creación por la metáfora: introducción a la razón poética*, cit.; J. L. Villate, “Nietzsche: filosofía, poesía, mística”, *Vivarium*, 1 (1990), págs. 7-39.

⁵⁰ “[...] ofreciéndolo todo a lo que creía ser de verdad y de justicia, a la causa que creía ser la sostenedora de la verdad y de la justicia; aunque siempre relativamente. Y así aun para vivir, y no sólo para pensar, esta relatividad de lo absoluto, me encontré ya preparada.” (M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, cit., pág. 11)

⁵¹ M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, cit., pág. 10.

